

—Trae las bujías—gritó á su amigo,—y ven á sostenerme la artesa. Una de las velas fué colocada á la cabecera de la cama, de modo que iluminase completamente el rostro de la tísica, la otra bujía fué colocada á los pies. Con ayuda de un pincel empapado en aceite de oliva, el artista untó las cejas, los párpados y los cabellos, que compuso tal como los llevaba ordinariamente Paquita.

—Así no sufrirá cuando le quitemos la mascarilla—murmuró Jaime para sí.

Tomadas estas precauciones, y después de haber dispuesto la cabeza de la muerta en posición favorable, Jaime empezó á verter el yeso por capas sucesivas hasta que el molde obtuvo el espesor necesario. Al cabo de un cuarto de hora la operación quedó terminada con toda felicidad.

Por una extraña rareza, se había operado un cambio en el rostro de Paquita. La sangre, que no había tenido aún tiempo de coagularse completamente, calentada sin duda por el calor del yeso al endurecerse, había afluído á las regiones superiores, matizando con transparentes veladuras sonrosadas la palidez mate de la frente y de las mejillas. Los párpados, que se levantaron al levantar el molde, dejaban ver el azul tranquilo de los ojos, cuya mirada parecía que guardaba un vislumbre de inteligencia; y de sus labios entreabiertos por el esbozo de una sonrisa, parecía como que saliera, olvidada en el postrer adiós, aquella última palabra que oye el corazón únicamente.

¿Quién podría afirmar que la inteligencia acaba completamente allí donde empieza la insensibilidad del ser? ¿Quién puede decir que las pasiones se extinguen y mueren junto con la última pulsación del corazón que agitaron? ¿No podría el alma

quedarse algunas veces voluntariamente cautiva del cuerpo ya encerrado en el ataúd, y desde el fondo de su cárcel carnal, observar por un momento los duelos y los llantos? ¡Los que se van tienen tantos motivos para desconfiar de los que se quedan!

En el momento en que se le ocurrió á Jaime conservar sus facciones por medio del arte, ¿quién sabe si un pensamiento de ultratumba pudo despertar á Paquita al principio de su sueño eterno? Tal vez recordó que el hombre que acababa de dejar era artista al propio tiempo que su amante; que era uno y otro, porque no podía dejar de ser lo uno ni lo otro, que para él el amor era el alma del arte, y que, si la había amado tanto, es porque ella había sabido ser mujer y amante, sentimiento y forma. Y entonces, quizás, Paquita, queriendo dejar á Jaime su imagen humana que era para él la encarnación de su ideal, había sabido, muerta, helada ya, revestir otra vez su cara con todas las galas del amor y con todas las gracias de la juventud: resucitar el objeto de arte.

Y puede ser también que la pobre niña pensara la verdad; pues hay entre los verdaderos artistas, Pigmaliones originales que, al contrario del antiguo, querrían convertir en mármol á sus vivientes Galateas.

Ante la serenidad de aquel rostro, en el que la agonía no había dejado huellas, nadie hubiera podido dar crédito á los largos sufrimientos que habían servido de prefacio á la muerte. Paquita parecía que proseguía su sueño de amor; y viéndola de aquel modo, hubiérase dicho que se había muerto de belleza.

El médico, abatido por el cansancio, dormía en un rincón.

En cuanto á Jaime, había vuelto á hundirse en la duda. Su alucinado espíritu se obstinaba en creer que la mujer á quien tanto había amado iba á despertarse; y como algunas ligeras contracciones nerviosas, determinadas por la acción reciente del vaciado, rompían á intervalos la inmovilidad del cuerpo, aquel simulacro de vida mantenía á Jaime en su dichosa ilusión, que duró hasta la mañana, á la hora en que un comisario vino á certificar la defunción y á autorizar el sepelio.

Por otra parte, si fué precisa la locura de la desesperación para dudar de la muerte al aspecto de aquella hermosa criatura, precisaba para creer en ella toda la infalibilidad de la ciencia.

Mientras la vecina amortajaba á Paquita, se habían llevado á Jaime á otro cuarto, donde halló algunos amigos suyos que habían ido para acompañar el fúnebre cortejo. Los bohemios se abstuvieron de prodigar á Jaime, á quien sin embargo querían fraternalmente, todos aquellos consuelos que no hacen más que irritar el dolor. Sin pronunciar ni una de esas palabras tan difíciles de hallar y tan penosas de oír, iban uno á uno á estrechar la mano de su amigo.

—Esta muerte es una gran desgracia para Jaime—exclamó uno de ellos.

—Sí—respondió el pintor Lázaro, espíritu valeroso que había sabido dominar desde sus principios las rebeliones de la juventud imponiéndoles la inflexibilidad de su propósito, y en quien el artista había acabado por anular al hombre,—sí; pero es una desgracia que ha introducido voluntariamente en su vida. Desde que conoció á Paquita, Jaime ha cambiado completamente.

—Ella le ha hecho feliz—dijo otro.

—¡Feliz!—replicó Lázaro—¿qué entendéis por felicidad? ¿por qué llamáis dicha á una pasión que reduce á un hombre al estado en que se encuentra ahora Jaime? Enseñadle una obra maestra: no fijaría en ella la vista; y para volver á ver una vez más á su amante, estoy seguro que andaría por encima de un Ticiano ó un Rafael. Mi amante es inmortal y no me engañará nunca. Vive en el Louvre y se llama *Gioconda*.

En el momento en que Lázaro iba á proseguir en sus teorías sobre el arte y el sentimiento, avisaron que el cortejo se ponía en marcha hacia la iglesia.

Después de unos cortos rezos, la comitiva se dirigió al cementerio... Como era precisamente el día de Difuntos, una muchedumbre inmensa llenaba el fúnebre asilo. Muchas personas se volvían para mirar á Jaime que seguía el féretro con la cabeza descubierta.

—¡Pobre muchacho!—decía uno—es su madre sin duda.

—Será su padre—decía otro.

—Es su hermana—decían en otro lado.

Sólo un poeta, que había ido á estudiar aquella fiesta de los recuerdos que se celebra una vez al año bajo las nieblas de noviembre, al ver pasar á Jaime, adivinó que seguía los despojos de su amada.

Así que llegaron á la fosa reservada, los bohemios, con la cabeza descubierta, se alinearon alrededor. Jaime se situó al borde, con su amigo el médico que le sostenía por el brazo.

Los enterradores tenían prisa y quisieron hacer rápidamente las cosas.

—No habrá discursos—dijo uno de ellos.—
¡Tanto mejor! ¡Ea, camarada, vamos allá!

Y sacando el ataúd del coche, lo deslizaron con cuerdas hasta el fondo de la fosa. El hombre retiró las cuerdas y salió del agujero: luego, ayudado por uno de sus compañeros, tomó una pala y empezó á tirar paletadas de tierra. La fosa quedó bien pronto colmada. Encima, plantaron una pequeña cruz de madera.

El médico oyó á Jaime que entre sollozos dejaba escapar esta exclamación egoísta:

—¡ Oh mi juventud! ¡ cómo la estáis enterrando!

Jaime formaba parte de una sociedad llamada *Los Bebedores de agua*, que fué fundada sin duda á imitación del famoso cenáculo de la calle de los Cuatro Vientos, citado en la hermosa novela *El grande hombre provinciano*. Una sola diferencia distinguía á los hombres del cenáculo de los bebedores de agua, que, como todos los imitadores, habían exagerado el sistema que querían poner en práctica. Esa diferencia consiste en el hecho que, en el libro de Balzac, los miembros del cenáculo acaban por alcanzar el objeto que se proponían y prueban que todo sistema es bueno si sale bien; al paso que al cabo de algunos años de existencia, la sociedad de *Los Bebedores de agua* se había disuelto espontáneamente por defunción de sus miembros, sin que el nombre de ninguno haya quedado unido á una obra que pueda atestiguar su existencia.

Durante sus amores con Paquita, las relaciones de Jaime con la sociedad de *Los Bebedores* se hicieron menos frecuentes. Las necesidades de la existencia habían obligado al artista á violar ciertas condiciones, firmadas y juradas solemnemente

por los bebedores de agua, el día en que se fundó la sociedad.

Encaramados eternamente en los zancos de un orgullo absurdo, aquellos jóvenes habían erigido en principio soberano, dentro su asociación, que nunca debían abandonar las altas cimas del arte, es decir, que á pesar de su miseria mortal, ninguno de ellos debía hacer concesión alguna á la necesidad. Así, por ejemplo, el poeta Melchor no hubiera abandonado jamás lo que él llamaba su lira, para escribir un prospecto comercial, ó una profesión de fe. Esto era bueno para el poeta Rodolfo, que no valía nada y lo hacía todo, y que no dejaba pasar jamás una moneda de cinco francos sin tirar contra ella, no importa con qué. El pintor Lázaro, orgulloso harapiento, no hubiera querido ensuciar sus pinceles para hacer el retrato de un sastre con un papagayo en el dedo, como nuestro amigo el pintor Marcelo había hecho tiempo atrás á cambio del famoso traje conocido con el sobrenombre de *Matusalén*, que la mano de sus amantes había cruzado de remiendos. Mientras vivió en comunión de ideas con los *Bebedores de agua*, el escultor Jaime había soportado la tiranía de la constitución de la sociedad; pero desde que conoció á Paquita, no quiso asociar á la pobre niña, enferma ya, al régimen que había aceptado íntegramente estando solo. Jaime era antes que todo un carácter probo y leal. Fué á encontrar al presidente de la sociedad, el exclusivista Lázaro, y le participó que en adelante aceptaría cualquier trabajo que se le presentara.

—Amigo mío—le respondió Lázaro—tu declaración de amor era ya tu dimisión de artista. Nosotros continuaremos siendo amigos tuyos si quieres, pero no seremos tus consocios. Haz el oficio

con toda libertad; para mí ya no eres un escultor, eres un amasador de barro. Es cierto que así podrás beber vino, pero nosotros que continuaremos bebiendo nuestra agua y comiendo nuestro pan de munición, seguiremos siendo artistas.

Dijera lo que quisiera Lázaro, Jaime siguió siendo artista. Pero para conservar á Paquita á su lado, se dedicó, cuando se le ofrecía ocasión, á trabajos productivos. Así fué que trabajó mucho tiempo en el taller del tallista Romagnesi. De hábil ejecución y de ingeniosa inventiva, Jaime hubiera podido, sin abandonar el arte serio, adquirir una gran reputación en aquel género de composiciones que se han convertido en uno de los principales elementos del comercio de lujo. Pero Jaime era holgazán, como todos los verdaderos artistas, y amante como los poetas. La juventud se había despertado en él tardíamente, pero con ardor; y presintiendo su próximo fin, quiso gastarla enteramente entre los brazos de Paquita. Así es, que ocurrió con frecuencia que llamaran á su puerta buenas propuestas de trabajo sin que Jaime quisiera contestar, porque hubiera tenido que molestarle, cuando se hallaba perfectamente ensimismado en los resplandores de las pupilas de su amada.

Cuando murió Paquita, el escultor fué á ver á sus antiguos amigos los *Bebedores*. Pero el espíritu de Lázaro predominaba en el círculo, y cada uno de los miembros vivía cristalizado en el egoísmo del arte. Jaime no encontró allí lo que buscaba. No supieron comprender su desesperación que quisieron calmar con razonamientos; y viendo su poca simpatía, Jaime prefirió aislar su dolor antes que verlo expuesto á discusión. Rompió,

pues, completamente con los *Bebedores de agua* y se fué á vivir solo.

Cinco ó seis días después del entierro de Paquita, Jaime fué á encontrar á un marmolista del cementerio del Monte Parnaso, y le ofreció un contrato bajo las condiciones siguientes: el marmolista debería colocar alrededor de la tumba de Paquita una verja que Jaime dibujaría, y entregaría, además, al artista un bloque de mármol blanco, á cambio de lo cual, Jaime se pondría durante tres meses á disposición del marmolista, ya fuera como á tallista en piedra, ya como á escultor. El constructor de panteones tenía entonces muchos encargos extraordinarios; fué á visitar el taller de Jaime, y á la vista de los trabajos empezados, adquirió la convicción de que la casualidad que le había conducido á Jaime era una buena fortuna para él. Ocho días después, la tumba de Paquita tenía verja, y en medio, la cruz de mármol, con el nombre grabado en hueco.

Por fortuna, Jaime tuvo que habérselas con un buen hombre, que comprendió que cien kilogramos de hierro colado y tres pies cuadrados de mármol de los Pirineos no podían gratificar los tres meses de trabajos de Jaime, cuyo talento le hizo ganar algunos miles de escudos. Ofreció al artista asociarle á su empresa, mediante un cierto interés, pero Jaime no quiso aceptar. La escasa variedad de los asuntos artísticos que debía tratar repugnaba á su natural inventiva; y además, tenía ya lo que quería, un pedazo de mármol de cuyas entrañas quería hacer salir una obra maestra que destinaba á la tumba de Paquita.

Al empezar la primavera, la situación de Jaime mejoró; su amigo, el médico, le puso en relación

con un gran señor extranjero que acababa de fijar su residencia en París, y hacía construir un magnífico chalet en uno de los más hermosos barrios. Varios artistas célebres fueron llamados á contribuir al lujo de aquel pequeño palacio. Jaime recibió el encargo de modelar una chimenea de salón. Me parece ver todavía los cartones de Jaime; era una cosa deliciosa: todo el poema del invierno estaba descrito en aquel mármol que debía servir de marco á la llama. Como el taller de Jaime era demasiado pequeño, pidió y obtuvo para ejecutar su obra, una pieza en el chalet que estaba todavía sin habitar. Le adelantaron, además, una fuerte suma, sobre la que debía percibir por su trabajo. Jaime fué devolviendo á su amigo médico el dinero que le prestó al morir Paquita; y corrió al cementerio á hacer desaparecer bajo un jardín de flores la tierra en que descansaba su amiga.

Pero la primavera se había anticipado á Jaime, y sobre la tumba de la joven crecían millares de flores entre el verde musgo. El artista no tuvo el valor de arrancarlas, pues reflexionó que aquellas flores contenían algo de su amiga. Y cuando el jardinero le preguntó qué debía hacer de las rosas y pensamientos que había traído, Jaime le mandó que las plantara en una fosa cercana cavada recientemente, pobre tumba de un pobre, sin valla, sin otro signo que la diera á conocer que un tronco de madera clavado en tierra, coronado por una corona de flores de papel ennegrecido, pobre ofrenda del dolor de un pobre. Jaime salió del cementerio muy cambiado de cuando entrara. Miraba con curiosidad llena de alegría aquel hermoso sol primaveral, el mismo que tantas veces había dorado los cabellos de Paquita cuando cru-

zaba los campos, segando los prados con sus blancas manos. Un enjambre de buenos pensamientos cantaba en el corazón de Jaime. Al pasar por delante de una botillería del bulevar exterior, recordó que un día, sorprendidos por la tempestad, entraron en aquella taberna con Paquita, donde comieron. Jaime entró y se hizo servir un almuerzo en la misma mesa. Sirviéronle los postres en una fuente ilustrada con viñetas; la reconoció y acordóse de que Paquita había pasado media hora descifrando el geroglífico que estaba dibujado en ella; y recordó también una canción que había cantado Paquita, que estaba de buen humor por un vinillo negro, por cierto no muy caro y que contenía más alegría que zumo de racimo. Pero la confluencia de aquellos dos recuerdos refrescó su amor sin refrescar sus dolores. Accesible á la superstición, como todos los espíritus poéticos y soñadores, Jaime se imaginó que era la misma Paquita que, al ver que la visitaba, le había enviado aquella ráfaga de agradables recuerdos á través de su sepulcro, y no quería bañarlos con una sola lágrima. Salió de la botillería, con pie ligero, con la frente alta, los ojos vivarachos, latándole con fuerza el corazón y casi con la sonrisa en los labios, murmurando por el camino este estribillo de la canción de Paquita:

El amor ronda mi casa
Tendré que abrirle la puerta.

Este estribillo en boca de Jaime era también un recuerdo, pero al propio tiempo era ya una canción; y probablemente, casi con certeza, Jaime dió
TOMO II.—8

UNIVERSIDAD DEL NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UANL

"ALFONSO"

Año. 1825 MONTREY, MEXICO

aquella tarde el primer paso en el camino de transición que de la tristeza conduce á la melancolía, y de ésta al olvido. ¡Ay! Por más que queramos y hagamos, la eterna y justa ley de la movilidad lo decreta así.

Así como las flores, nacidas tal vez del cuerpo de Paquita, habían crecido en su tumba, una savia de juventud saturaba el corazón de Jaime, cuyos recuerdos de su primer amor despertaban en él vagas aspiraciones hacía nuevos amores. Hay que considerar que Jaime era de esa raza de artistas que hacen de la pasión un instrumento de arte y de poesía, y cuyo espíritu no se pone en actividad sino impelido por las fuerzas motrices del corazón. En Jaime, la inventiva era hija del sentimiento, y en ella ponía una parte de sí mismo aun en las cosas más insignificantes que hacía. Observó que los recuerdos ya no le satisfacían, y que, semejante á la muela que se gasta á sí misma cuando le falta el trigo, su corazón se gastaba por carencia de entusiasmo. El trabajo no le ofrecía deleite alguno; su inventiva, antes febril y espontánea, no se dejaba ver más que bajo el esfuerzo de la paciencia; Jaime estaba descontento y casi envidiaba la vida de sus ex amigos los *Bebedores de agua*.

Trató de distraerse, tendió la mano á los placeres, y se creó nuevas relaciones. Frecuentó al poeta Rodolfo, que había conocido en un café, y ambos se sintieron atraídos por una mutua simpatía. Jaime le explicó sus pesares; Rodolfo no tardó en comprender el motivo que se los ocasionaba.

—Amigo mío—le dijo,—conozco eso...—y golpeándole el pecho por encima del corazón, añadió: —Hay que encender lumbre aquí dentro y pronto,

muy pronto; busque sin tardanza algún amorío, y volverán las ideas.

—¡Ah!—dijo Jaime—he amado demasiado á Paquita.

—Esto no impedirá que siga amándola siempre. La besaré usted en los labios de otra.

—¡Oh!—dijo Jaime;—¡si al menos pudiera encontrar una mujer que se le pareciera!...—y se separó de Rodolfo engolfado en sus ensueños.

Seis semanas después, Jaime había recobrado su facilidad, alumbrada con las dulces miradas de una linda muchacha que se llamaba María, y cuya belleza enfermiza recordaba algo la de la pobre Paquita. Nada más bonito, en efecto, que aquella bonita María, que tenía diez y ocho años menos seis semanas, como decía ella sin olvidarlo una sola vez. Sus amores con Jaime nacieron á la luz de la luna, en el jardín de un baile campestre, al compás chillón de un violín, de un contrabajo tísico y de un clarinete que silbaba como un mirlo. Jaime la encontró una noche, mientras se paseaba alrededor del hemicírculo reservado á la danza. Y al verle pasar serio, con su traje eternamente negro abrochado hasta el cuello, las alegres y lindas muchachas frecuentadoras del sitio, que conocían de vista al escultor, se decían unas á otras:

—¿Qué viene á hacer aquí ese sepulturero? ¿Hay acaso alguien á quien enterrar?

Y Jaime seguía paseándose solo, haciéndose sangrar interiormente el corazón con las espinas de un recuerdo cuya intensidad aumentaba la orquesta, ejecutando una alegre contradanza que sonaba en los oídos del artista con la tristeza de un *De Profundis*. Ensimismado en sus ensueños

fué cuando vió á María que le observaba desde un rincón, y se reía como una loca al ver su cara sombría. Jaime levantó los ojos, y oyó á tres pasos de él, aquella cascada bajo un sombrero color de rosa. Se aproximó á la joven, y la dirigió algunas palabras á las que ella correspondió; y ofreciéndola el brazo para dar una vuelta por el jardín, fué aceptado en seguida. El la dijo que le parecía hermosa como un ángel, y ella se lo hizo repetir dos veces; él robó para ella algunas manzanas verdes que pendían de los árboles del jardín, y ella se las zampó con delicia dejando oír aquella risa sonora que parecía el estribillo de su constante alegría. Jaime recordó la Biblia y pensó que no hay que desesperar nunca tratándose de mujeres y menos aun de las que comen manzanas. Dió otra vuelta, con el sombrero rosa, alrededor del jardín, y se halló con que habiendo entrado solo en el baile, salía acompañado.

Jaime no olvidó, sin embargo, á Paquita: siguiendo los consejos de Rodolfo, la besaba todos los días en los labios de María, y trabajaba en secreto en la estatua que quería colocar sobre la tumba de la muerta.

Un día que había recibido dinero, Jaime compró un vestido para María, un vestido negro. La muchacha se puso muy contenta; y únicamente opinó que el negro no era un color muy á propósito para verano. Pero Jaime la dijo que le gustaba mucho el negro y que sería muy grato para él que se pusiera aquel vestido todos los días. María le obedeció.

Un sábado, Jaime dijo á la joven:

—Mañana ven pronto, iremos al campo.

—¡Qué dicha!—exclamó María.—Te estoy pre-

parando una sorpresa, ya verás; mañana hará sol.

María pasó la noche en su casa acabando un vestido nuevo que se había comprado con sus ahorrillos, un vestido color de rosa. Y el domingo se presentó vestida con su elegante tocado, en el taller de Jaime.

El artista la recibió friamente, casi brutalmente.

—¡Yo creía darte gusto comprándome este risueño vestido!—dijo María, no alcanzando á explicarse la frialdad de Jaime.

—Ya no vamos al campo—respondió éste,—tu te marchas y yo trabajo.

María se volvió á su casa con el corazón henchido de tristeza. Por el camino encontró á un joven que sabía la historia de Jaime, y que había cortejado á la muchacha.

—¡Hola, señorita María! ¿Ya no lleva usted luto?—la dijo.

—Luto—dijo María—¿de quién?

—¡Cómo! ¿no lo sabe usted? Pues todo el mundo lo sabe; el vestido negro que le regaló Jaime...

—¿Qué?—preguntó María.

—Que era el luto: Jaime hacía llevar á usted luto por Paquita.

Desde aquel día, Jaime no volvió á ver más á María.

Aquella ruptura le trajo desgracia. Volvieron los malos días; no tuvo más trabajo y cayó en tan espantosa miseria, que no sabiendo ya lo que iba á ser de él, rogó á su amigo el médico que le hiciera ingresar en un hospital. El médico comprendió desde luego que no era difícil de obtener la admisión. Jaime, que no se daba cuenta de su estado, iba camino de reunirse con Paquita.

Hizole entrar en el hospital de San Luis.

Como el pobre podía moverse y andar todavía, rogó al director del hospital le cediera un cuartito que estaba sin uso, y se hizo traer un caballete, los palillos de modelar y barro. Durante los primeros quince días trabajó en la figura que destinaba á la tumba de Paquita. Era un gran ángel con las alas abiertas. Aquella figura, que era el retrato de Paquita, no quedó enteramente acabada, porque Jaime no podía subir la escalera, y pronto no pudo abandonar el lecho.

Un día cayó en sus manos el cuaderno del interno, y Jaime, al ver los remedios que le propinaban, comprendió que estaba perdido: escribió á su familia, é hizo llamar á la hermana Santa Genoveva, que le rodeaba de los más caritativos cuidados.

—Hermana mía—le dijo Jaime,—arriba, en el cuarto que usted hizo que me cedieran, hay una pequeña estatua de yeso; esa estatueta, que representa un ángel, está destinada á una tumba, pero no tengo tiempo de ejecutarla en mármol. No obstante, tengo en mi casa un hermoso bloque de mármol blanco con venas rosa. En fin... hermana mía, yo le regalo mi estatueta para ponerla en la capilla de la comunidad.

Jaime murió pocos días después. Como el entierro tuvo lugar el mismo día de la apertura del Salón, los *Bebedores de agua* dejaron de asistir.

—El arte ante todo,—dijo Lázaro.

La familia de Jaime no era rica, y el artista no tuvo sepultura en tierra propia.

Fué enterrado en cualquier parte.



XIX

LOS CAPRICHOS DE MUSETTE

Recordarán ustedes seguramente que el pintor Marcelo vendió al judío Médicis su famoso cuadro *El paso del Mar Rojo*, que acabó sirviendo de muestra á un comerciante en comestibles. Al día siguiente de aquella venta, que fué seguida por una famosa cena ofrecida por el judío á los bohemios como á complemento del contrato, Marcelo, Schaunard, Colline y Rodolfo se despertaron muy avanzada la mañana. Perturbados todavía por los vapores de la borrachera de la víspera, no se acordaron de momento de lo que había ocurrido; y cuando oyeron el toque de oración de mediodía